

Rafael Marín

Lona de tinieblas



Detective Torre III

En el combate realizado el 19 de marzo de 1970, un golpe definitivo convirtió a Kid Levante en aspirante al título de Campeón de Boxeo de España. Ese mismo golpe dejó sin memoria a su contrincante, Torre, el «Tigre de Puertatierra». Cuarenta años más tarde, Kid Levante es acusado de asesinar a su compañera y le pide ayuda a Torre, el amnésico, el detective sin licencia.

El lector, más afortunado que el protagonista, tendrá la oportunidad de conocer esos veinte años que la amnesia le impide a Torre recordar (años de juventud en las postrimerías del franquismo, de sueños de fortuna y gloria) y que van mezclándose con la investigación del caso, ambientado en los submundos de la inmigración clandestina china.

Tras *Detective sin licencia* y *Los espejos turbios*, vuelve Torre.

*A Víctor Ánchel, Antonio Romero,
Joaquín Revuelta y Alfonso Merelo:
ellos saben por qué*

¿Es que no lo entiendes? Pude ser un primera serie. Aspirar al título. Pude haber sido algo en la vida. En lugar de eso, mírame... solo soy un golfo.

MARLON BRANDO, *La ley del silencio*

UNO

Da calor, pero calor de verdad el levante. En Cadi, por lo menos, que una vez que Torre fue a Algeciras y se bañó por compromiso, que ganitas no tenía, allí donde la arena es marrón y negra y se ve el pegote del Peñón al fondo (con lo bonito que es hacerlo viendo allá a lo lejos el faro y la cúpula amarilla de la catedral nueva), se tiró al agua así cuando le llegaba por poco más de las rodillas y se tuvo que salir al segundo, como el Coyote de los dibujos animados de la tele, flotando sobre el agua y to, pataleando, que parecía que le habían clavao en todo el cuerpo miles y miles de agujas puntiagudas. Y es que el levante en Cadi es viento de tierra, y es calentorro, y allí, a lo que parece, en to esa parte, donde los especiales, es viento de agua y llega más congelao que la paga que iba cobrando y que desde la puñetera crisi de los cojones le había reducido el vivir como un pachá entre un cinco y un doce por ciento, cómo te quedas.

Da calor el levante, pero peor todavía la calma chicha. Un sinvivir, en Cadi, en julio, que no sé qué iban a dejar pa agosto, que es cuando de verdad te asas. Ni dormir en calzoncillos con la ventana abierta, en el sofá, le aliviaba las penas. La botella de agua Solán de Cabras metida en una palangana con hielo a la vera, que ni ganas de levantarse pa ir al frigorífico quedaban, y el silencio de la noche, porque menos mal que Torre vivía allí en los antiguos Chincho-

ros y lo que tenía frente por frente era el cementerio, que esa gente hace botellón sin sonido ni algaradas, y con las carnes abiertas estaba el barrio entero temiendo cuando pusieran allí una plazoleta, que se iban a pasar to las noches de tol año, no ya el verano solo, soportando todos los botellones y todos los yonkis de Cadi. O lo mismo no, que fijate cómo estaba la placita esa de Carlos Díaz, vallada como una jaula de leones sin leones, y to levantá, que daba asquito, sin que nadie pusiera un duro para remodelarla ni buscara una llave pa abrir la verja, manda huevos, la plaza de un arcalde de Cadi, lo malas que son las venganzas políticas. Pero la cosa era que, ajolá, lo mismo con el coñazo de la crisi, que bien tendría Ozeluí que haberle consultado al Selu, lo mismo con la crisi y la falta de parné ni hacían la plazoleta allí en donde estaba el cementerio y todo el mundo seguía en la gloria, los vivos en la gloria de aquí y los muertos en la otra gloria, donde no daban por culo a nadie o por lo menos no chillaban ni cantaban carnaval a las cinco de la mañana.

Una calor espantosa, lo que yo te diga, lo mismo de día que de noche, a ver si iba a ser verdad lo del cambio climático ese, que el bigote decía que era un rollo y su mujer decía que era un problema. Y lo malo que tiene la calor es que te deja por un lado chuchurrío, apampplao, con una mancancoa terrible que menos mal que ya no había ni dique ni astillero ni puente nuevo de las narices donde hubiera nadie trabajando con un soplete a las tres de la tarde, otra cosa buena de la crisi, a lo mejón, pero dicen que con la calor, lo que son las cosas, los ánimos se exaltan y la gente se vuelve majareta y le da por matarse y esas cosas. A Torre cuando hacía calor, pero calor de verdad, como la de ahora, lo que se le apetecía era tomarse un valdepeñas fresquito, ponerse en gayumbos en casa viendo el tour de Francia (anda que no tenía que dolé na tener el sillín metío por tol sieso) y disfrutar de la fresquita abriendo todas las ventanas de la casa y colocándose el ventilador que compró en el

moro por siete lerus, pero por lo visto había gente que sí, que el calor le hervía la sangre en las venas y se cabreaba por un quítame allá este palillo de dientes, Maruja no me pongas más puchero por tus muertos, porme priñaca, los toros son una salvajá o los toros son la seña de identidad de España. Algo tenía que haber, fíjate tú, porque allá en Guillén Moreno, el mes pasao, coincidiendo con la ola de calor, dos niñatos o tres mataron a una pobre mujer por robarle el plasma. O sea, el plasma del televisor, no el plasma de la sangre que usan en las operaciones los médicos de la tele misma. Y cuando el mundial, de una tragantá, dejaron en el sitio a un hombre allá en el paseo nuevo, justito al lao del nuevo puente que a ver si lo terminaban y estaba Torre vivo pa verlo y pegarse un garbeo hasta el otro lao de la bahía. Por no mencionar a tos los hijoputas que le daban la del pulpo a las parientas o las dejaban en el sitio o se volvían más majaretas de lo que estaban y revelaban dos o tres niños muertos en el sótano de la casa, como la tía esa alemala que vio el otro día en el Canal Sur, que se embarazaba una tras otra y ajogaba a los chiquillos y el marío ni se enteraba ni na. O dice que no se enteraba. Hasta pesadillas tuvo Torre aquella noche, joé, la puta alemala, o lo mismo le cayeron mal las papas con chocos que se zampó en ca Miguelín, que estaban de categoría.

Dicen que hay hasta estudios sobre eso. Los efectos del calor en la agresividad humana. Y to por no ponerse un ventilador y quedarse en gayumbos con las ventanas abiertas. Torre era de natural pacífico, aunque se hubiera ganado dos veces la vida a base de tortas, la primera en el bo-xeo, allá por los primeros setenta, en el Portillo, hasta que un puñetazo mal dao en la sien lo dejó sin memoria y sin pasado. Y después, más o menos recuperao, haciendo de chico para todo de Pepito Fiestas, que en gloria esté, aunque su gloria tendría que ser submarina, ya que lo habían quemado y esparcido las cenizas por la bahía, que si hubiera estado enterraó allí abajo, en el panteón familiar, capaz

era aquel de salirse to las noches a pedirle a Torre que le pusiera un coñac o le fuera por tabaco rubio, que San Pedro era socialista y no dejaba fumar en ninguna parte, porque el humo era cosa de abajo, de las calderas. O sea, sí, que Torre se había ganado la vida con el sudor de su frente y las fracturas de sus nudillos, pero sin mala idea, de joven porque era joven y era una forma de ganar una morterá fácil, o eso pensaba, puesto que no se acordaba ni se acordaría en la vida, y después, y hasta hacía unos pocos de años, poniendo cara de sieso y de bruto e intimidando al personal, o conduciendo el coche de Pepito, que tenía menos riesgo físico aunque, como no habían inventado todavía el gepeese ese, más de una vez se perdían en carretera.

De la época del Portillo conservaba Torre una foto de Juman, enmarcada al lado del televisor que ya era plano porque se le estropeó el otro y tuvo que tirarlo y buscarle un sitio en el aparador a la muñeca de Lola Flores, aunque no era lo mismo y la mitá de las veces pensaba que se había caído de to lo alto, cuando no estaba allí, sino en el otro mueble. Estaba Torre en la foto con la rodilla en tierra, con la boca abierta y la lengua fuera, una mano apoyada en la lona, la otra camino de la boca, donde se le había caído el protector. Y al lado, solo las piernas, como en las películas de dibujos animados donde los adultos solo salen de medio cuerpo pa bajo, el Kid Levante, y un borrón negro que era el guante que le buscaba a Torre caído la cabeza. Era, en cierto modo, la foto previa al momento de su muerte. O sea, al momento en que perdió de golpe y porrazo veintipocos años de vida, porque el puñetazo mató a aquel chiquillo que quería ser figura del boxeo y puso en su lugar a otro hombre que no tenía memoria, que tuvo que empezar la vida de cero, como un recién nacido de peso medio. Podría haber sido peor, a lo mejón, si el puñetazo lo hubiera dejao en el sitio.

Torre miraba la foto y no se reconocía en el pelo negro de aquel chavea, ni en el torso desnudo de músculos fuer-

tes, ni en la mirada bizca, que él bizco no era, pero sí en la nariz rota pero no aplastada, y en las cejas pobladas, y en el antojo que tenía en el hombro. No reconocía tampoco a Kid Levante, aunque Kid Levante sí sabía quién era. Otro papafrita como fue él, un papafrita que quiso acabar de mala manera un combate y lo dejó medio tarao para los restos. Pero, como no lo recordaba, Torre no sentía ni siquiera odio por él. A veces pensaba que la cosa podría haber sido al revés. Y que entonces, quién sabe, habría tenido que vivir con la culpa.

El Kid Levante. Cuando se veían por la calle, cruzaban de acera los dos. Como Torre hacía cuarenta años que no sabía quién era el otro, no le importó: hay mucha gente que te vuelve la cara, gente que de pronto es tu amiga y luego te pone como los trapos a tus espaldas o te ignora como si no existieras, como si ignorarte borrara todo lo que habías hecho, cuando eso es imposible, carajote del alma. Es ley de vida: nadie reconoce que es tonto del haba o que se equivoca. Cuando Pepito Fiestas, que en gloria submarina esté, le dijo que aquel era Kid Levante, el del coche descapotable, el que iba siempre con dos pibas de impresión, el del diente de oro («la mella se la hiciste tú, Torre, cojone, de un gancho de izquierda») y el bigote torcido como el de Dum Dum Pacheco, a Torre de verdad que le importó una mierda. Un tío que le había dao un mal golpe en el ring, y que después, avergonzao o no, ni siquiera había ido a disculparse. O, si lo había hecho, Torre tampoco lo recordaba ya. A lo hecho, picha.

Pero el tiempo lo mismo es justiciero, o es vengativo, o le importan tres leches lo que le pase a la gente. Torre acabó viviendo una vida tranquila, o por lo menos sin sobresaltos propios, y a Kid Levante se le acabó un día la carrera, y el descapotable, y las dos pibas de impresión, y solo le quedaba el bigote que ya peinaba canas, y una mella donde el diente de oro se le había caído o lo había empeñado. Ahora cuando se cruzaban por la calle no le volvía la cara,

sino que agachaba la cabeza, y se ganaba la vida lo mismo descargando pescao en la lonja que reponiendo en el Lídel o repartiendo propaganda por los buzones. Torre no sabía si era porque lo evitaba, pero siempre que echaban propaganda en su escalera, su buzón no la tenía, quizá porque el otro no quería molestarlo. O lo mismo no quería que se aprovechara de las ofertas del tres por dos, que lo mismo eso era.

Y es que el ocaso de la vida por lo visto es igual pa todo el mundo. Lo mismo eras una eminencia toa tu vida y de pronto te daba un patatús y te quedabas hecho una momia en vida, con el alzheimer ese, o te entraba una enfermedad mala y acabas en sillita de ruedas, o te arrugabas como una pasa cuando antes eras un tarzán de Guillén Moreno. O eras la más guapa del barrio y ahora se cachondeaban de ti las niñas chicas que te veían to pintarraqueada, hecha una carcomanía, ni sombra de lo que fuiste. Porque el tiempo no perdona, si lo sabría Torre, que ya sabía que no todo lo soluciona el bisturí ni la viagra.

Y menos mal que Kid Levante, de un tiempo a esta parte, parecía que había levantado cabeza, y se le veía muy amartelado con aquella china que vendía rosas, la extraña pareja, ella que no hablaba ni una papa de español y él que de chino solo sabía decir chinlú chincopa y chinná, mira que cambiar aquellos dos pibones de los años setenta y pico (que no eran dos pibones, sino más, pero de dos en dos, como los petisuís) por aquella cosita simpática y sonriente que no tendría más de metro y medio y que no se comía una rosca vendiendo rosas porque parecía que le daba igual que se la compraras o no, más feliz que el mundo, ella.

La calor, que es tela de mala, que se me va el hilo. Allí estaba Torre, sábado por la mañana, preparándose un migote y tratando de decidir si había escurrido el bañador ayer o si se lo iba a tener que poner con tol salitre pegao y el olor a algas allí en los bajos, cuando sonó el teléfono, o

sea, el teléfono de verdad, no el móvil que nunca le sonaba porque se le olvidaba recargarle la batería. Y se le vino al decir diga el alma a los pies, y hasta se le encogieron los huevatis como si los hubiera metido en hielo como el Jake La Motta.

Porque al otro lado de la línea, entre sollozos, sonó la voz de un tío. Y no la voz de un tío cualquiera, no la voz de un esbirro encorbatado del Cortinglés ofreciéndole el oro y el moro, ni una encuesta de eso de la política, ni una equivocación, que en verano sí que molestan. Era una voz de hombre en mitad de un llanto desgarrado, que le dijo Torre, tú eres Torre, verdad, soy Curro. Curro Galiana. O sea, el Kid. El Kid Levante. Torre, picha, que me tienes que echá una mano, que estoy en comisería, Torre, que me acusan de haber matao a la china.

DOS

No lo despertó el gallo del patio, porque el gallo estaba en pepitoria desde antié, pero a partir de allá las doce y media el ruido de las palomas, ruur ruur ruur ruur, era ya insoporable, como tener una lavadora en la cabeza. Así que a Torre no le quedó más remedio que tirarse dos cuescos, incorporarse en la cama mueble, rascarse los huevos primero y después la cabeza, echar un meo en la escupidera, que no tenía ganas de cruzar descalzo el patinillo, y después de encender un Bisonte se lavó la cara en una palangana, los sobacos y los medios altos y se cambió de calzoncillos y to, y se puso las playeras y el meiba, por si se iba a la playa. Luego se acordó que había quedao y se puso encima del bañador el pantalón americano de campana, y la camisa de flores de manga corta que se le pegaba toa en las papas de los brazos y en la cintura, y hecho un pincel bajó del palomar y se tomó un candié y media rebaná de pan con manteca colorá a la que le echó encima una loncha de mortadela antes de que se pusiera como una zapatilla. El viejo, que estaba a sus cosas, ni le dio los buenos días, entretenido en un chapú que le había salido la tarde antes, las válvulas de una radio de bakelita que daba pena verla, con lo fási que era hoy en día, cojones míos, comprarte un transistor de esos chiquetitos y llevártelo con el pinganillo colgao en la oreja y escuchar el carrusel deportivo y los cuarenta principales. Pero el viejo era un manitas, lo que pasa es que

por la política no lo contratava nadie en un puesto de verdad, ni de guardia en el dique ni navalips ni en ninguna parte, cagonlosmengues de la España triunfal, y así tenía que vivir a la pijotá, hoy reparando bicicletas y mañana cargando vagonetas de ladrillos, pese a que era un alfeñique que luego no tenía fuerza pa otra cosa, y menos mal que estaban construyendo casas por tos laos, ni que Cadi se fuera de pronto a convertir en Manhattan.

La verdá es que estaba de puta madre eso de levantarte a la hora que te saliera del nabo, y no tener que hacerlo como hacía tol mundo, un rato antes de que sonara el pito del Astillero y la gente se diera patadas en el culo para fichar a tiempo. Ni hacerlo al son de una corneta, ni ganas, hombre, que bastante putas las había pasado en Cartagena, más de media mili en el calabozo, por chuleta, aunque el tati tarari tati tarari llegaba a todas partes y te despertaba igual, aunque estuvieras a la sombra y a pan y agua. Vamos, que si fuera indio, Torre habría empitonado a mucha honra con la lanza al hijoputa comboi que tocaba a la carga. No hay sonido más desagradable que el de un pito que te llame a levantarte, ya sea el despertador o la sirena, y menos mal que no tenían teléfono, como medio Cadi, ni falta que hacía un teléfono teniendo piernas y habiendo cabinas. La única pega, y hoy otra vez le había pasao, es que al levantarse tan tarde se perdía el capítulo de la novela de Paco Ruiz, detective privado que ponían to las mañanas a eso de las diez en la cadena SER, unas historias así como de misterio pero con mucha risa, casos de andar por casa donde había hasta crímenes y timos aunque to se resolvía con inteligencia, sin violencia ni nada, aunque habría estado fetén, y Torre se ilusionaba pensando algunas veces que él era Paco Ruiz y que cuando se acababa el capítulo se enrollaba con la secretaria, que tenía una voz la mar de bonita y lo llamaba jefe y estaba enamorada en secreto del detective, más o menos como la feúcha aquella del cero cero siete, pero en guapa, faltaba más, que pa eso era española.

Vació la escupidera y la palangana en el patio mismo, espantando a tres gallinas y al gato maricón que ni se las intentaba comer ni na, le pidió al viejo veinte pavos, el viejo le dio diez, y salió a la calle Marqués de Cropani cuando ya el reloj de San José iría a dar la una. Iría, porque no la daba, porque estaba parao siempre, por las dos caras, siempre apuntando una hora la parte de la torre que daba a Cortadura, y a otra la otra cara, la que apuntaba al Bar Celta y la cervecería de la otra esquina. Pensando si el viejo no tendría mano pa arreglar la hora del campanario se dio de boca con una familia que pasaba cargada de maletas, un hombre pequeño, una mujer algo rechoncha, una vieja vestida de negro y un chavea de pantalones cortos y gafas de carey. El hombre le consultó, si la calle Marianista Cubillo es esta o la siguiente, y Torre le dijo que la otra, recto pa la playa. Y allá que fueron los cuatro. Emigrantes, lo natural, como que Cadi se estaba convirtiendo en jauja.

Hacía calor, pa ser septiembre, y eso era bueno, porque septiembre, después del Trofeo, era el mes de Cadi por excelencia. Lo tendría que haber sido febrero, claro, por lo del carnaval, pero como el carnaval estaba prohibido y lo que existían era un sucedáneo, las fiestas típicas (que también estaban bien, no te creas), a Torre y a medio Cadi lo que le gustaba era ese mes, cuando ya se habían ido la mayoría de los turistas y la playita se quedaba así como pa la familia, con ese colorcito hermoso del mar, ni azul ni verde, sino de un intenso aguamarina, y se escuchaba el silencio y te daban ganas de quedarte tirao to la mañana y to la tarde, hasta que te entraba hambre y te podías tomar una caballita asá o unas sardinitas a la plancha con tu Cruz Blanca o tu valdepeñitas fresco, con o sin Casera, que era la gaseosa de moda desde que ya el sifón había pasado a mejor vida, pero siempre era mejor la Casera, que no, a la otra que anunciaban por todas partes en plan competencia desleal, la Revoltosa, como la zarzuela. Lo que tiene eso de las marcas, que sale to por duplicao, y en el fondo es to lo mis-

mo. Menos la Mirinda, desde luego, que le daba veinte vueltas a la Fanta, que iba a acabar la Fanta comiéndose una mierda, de lo rica que estaba la Mirinda y lo bien que entraba cuando estaba fresquita.

Mucho Cadi, Cadi, en septiembre. El calorcito justo, las tardes más cortas, pero sin el sofoco de agosto ni mosquitos. Y no vea el gusto que daba ir viendo, de paseíto por la Avenida, las obras que se estaban haciendo por todas partes, delante de la playa, por las Mil Viviendas, los comercios que te ofrecían cosas nuevas: ropa, discos, libros, revistas. Ese pedaso de avenida que ya no tenía el tranvía desde hacía años y donde solo sobrevivía, hasta dentro de poco, el trolebús, con las risas que se había echado Torre plantándose delante con la moto de Juanillo el Biscotela, cruzándose y descruzándose en la vía, poniendo más nervioso al conductor que cuando era un chavea y se arreguinchaba en la parte de atrás de los coches de caballo y siempre había un hijoputa que gritaba al verlo, cochero, látigo atrás, y el cochero mamón, que era de Conil o de Chiclana o de Los Barrios, allá que pegaba un zurriagazo al aire y si te daba te podía saltar un ojo o marcarte de por vida. Una vez, de pura potra, Torre y Manolín el de la Paca pillaron el látigo antes de que restallara, y lo amarraron al pescante, y el cochero mamón se las vio en figurillas pa no dar la voltereta y pegarse un bocazo contra el empedrao de la Avenida. A Torre no le había alcanzado nunca el latigazo, pero a Juan Carlo el Simpa y a Pepito Tomás sí, y los dos tenían todavía marcada una cicatriz: Juan Carlo en el cuello, Pepito Tomás en to la espalda, y una mella gorda en to la boca, pero no por culpa del cochero mamón, sino de su padre, que era gallego y le dio una hostia cuando se enteró que le saltó dos dientes y acabó en la prevención, por agresión al niño, que lo vio un guardia aunque luego entró por una puerta y salió por la otra, que pa to hay que tener contactos y no hay delito que no te puedas quitar de encima re-